



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10518

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 17 DE NOVIEMBRE DE 1896.

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cassini, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## ACADEMIA RIPOLL ARMARIO

REAL NUMERO 34

Preparatoria para las Academias del Ejército y Armada.

ACADEMIAS MILITARES

La preparación está á cargo de los directores y de los comandantes de infantería D. Rafael Martínez Illescas y de caballería D. Luis Márquez.

ACADEMIAS DE MARINA

Cuerpo general é infantería de Marina. La preparación por los directores y por los profesores de la Escuela de Torpedos D. Juan de Carranza, teniente de navío de 1.ª clase y D. Antonio de Lara teniente de navío.

Alumnos externos é internos.

## DENTISTA ITALIANO

DR. OVIDIO CIGNI COMASTRI

CARMEN, 43, PRINCIPAL.

Dentaduras artificiales en todos los sistemas.

Consulta permanente y á domicilio. CARMEN, 43, PRINCIPAL.

## MATERIAL AGRICOLA

Prensas para vinos.—Bombas para trasiego, riegos, lavar y rociar plantas.—Norias para pozos, movidas á vapor viento ó caballería.—Máquinas para taponar y limpiar botellas.—Espino artificial para cercados.—Arados de vertedera.—Desgranadoras de maíz.—Vias férreas, wagonetas, plataformas, cambios, etc., para transporte de frutos. Azadas, legones, picos.—Tuberías de manga y otras.

CAMILO PÉREZ LERBE 21, CASTELLINI, 12.

## VICTORIA

No nos referimos al estampar el título sobre estas líneas á las ganadas por nuestro valeroso ejército allende los mares; nos referimos á otra que, como aquellas, nos llena de jubilo, por que ha puesto de manifiesto ante propios y extraños, que aun es esta tierra de la generosidad y el valor, aquella España de principios del siglo que peleaba bravamente y daba sus recursos todos, de sangre y dinero para conservar su independencia.

Sumida en mortales aflicciones; amenazada en Cuba con la desmembración del territorio y viendo como se le quería quitar en Filipinas otro girón, necesitó España dinero para continuar ambas campañas y recurrió á los grandes capitalistas del extranjero para que se lo prestaran á precio subido. Pero los prestamistas no tienen hartura, é impusieron condiciones leoninas, onerosas, inadmisibles, seguros de que habíamos de pasar por todo.

Uno nos conocían ó creían que estábamos degenerados y habíamos perdido la dignidad. Ayer se habrán convencido de lo contrario al ver como España amontonaba el dinero para la guerra.

Y en qué condiciones! La usura extranjera, furiosa al ver el lucrativo negocio que se le escapaba, hacía circular noticias tremban-

das que hubieran asustado á otras gentes. De los Estados Unidos venían amenazas de declaración de guerra. Al gobierno inglés se le suponía en tratos con la república modelo para ofrecer su intervención. Los laborantes franceses hacían esfuerzos desesperados contra el empréstito español y aplaudían las supuestas victorias de los rebeldes sobre el ejército de Cuba. En cuanto á la gente que tiene á su cargo la dirección de las fuerzas rebeldes, ha hecho esfuerzos increíbles, dignos de mejor causa, para espantar á los capitalistas españoles.

Pero todo en vano. Ya lo habia dicho un poeta célebre en estos admirables y patrióticos versos:

«Porque aquí ni aun la moneda se esconde ante el ene digo.»

No era esa afirmación pura jactancia y ya se ha visto ayer. El gobierno pidió á España una cantidad crecidísima de dinero para atender á la defensa de su honra; á España le pareció poco lo pedido y ha dado mas. Se trataba de un caso de honra y la honra se paga muy caro entre españoles.

Los que creían que el maremagnum político en que nos movemos siempre, nos habia separado para no unirnos jamas, han visto burlada sus profecías. Los que se figuraban que Cuba y Filipinas nos habian arruinado hasta el punto de no poder levantar una peseta, conocen ahora su error: habian juzgado mal y apreciaban poco todavía las energias de España. Los que persiguiendo mayor lucro nos regatearon el dinero creyendo que por fin volveríamos á ellos los ojos aceptando sus condiciones, se han visto burlados.

¿Creían que en España se habia perdido el patriotismo? Pues está más lozano que nunca; y ahora que se ha presentado ocasión de demostrarlo, se ha repelido lo que tanto admiró al mundo y sobre todo á Europa á principios de siglo. El clero, la nobleza y la clase media predicaron entonces la guerra contra los invasores dando el ejemplo. El clero, la aristocracia, la clase media, todas las que componen la sociedad española, han ofrecido sus capitales en un arranque de admirable patriotismo.

¿Qué diferencia hay entre la España de 1808 y la de 1896?

Ninguna.

Ya han podido convencerse de ello los que nos creían empujados é inútiles para toda obra nacional.

## TIJERETAZOS

El jefe de la insurrección de Filipinas estaba condecorado con grandes cruces y encomiendas. Era pues un Excmo. Sr. de cuerpo entero.

¡Valiente bicharraco habíamos abrigado en nuestro seno!

Pero, bien mirado, no está fuera de lugar en este caso la excelencia ni la señoría.

Porque en clase de ingrato, ese don Pedro es la excelencia entre los señores mal nacidos.

En Palma de Mallorca ha caído en poder de la policía el apreciable *Catorce arrobas*.

Es natural. Dado su oficio de rata en activo, debía pesarle demasiado el apodo y no ha podido escaparse de los agentes.

El habilitado de la Audiencia de Palma, que se levantó el otro día con los fondos y se puso en franquía, ha sido detenido por unos carabineros.

Los fondos no han parecido.

Pero en su lugar han encontrado los carabineros un revólver de seis tiros. ¿Qué tendrán los cuartos que se huelen que nunca parecen?

Dice un colega:

«El Sr. Cánovas ha manifestado que la multitud de telegramas que hoy ha recibido el Gobierno, relativos al empréstito, son tan satisfactorios, que cree que el éxito superará á las esperanzas que habia concebido.»

En este asunto no ha estado á grande altura el jefe del gobierno.

Desconfió de la banca nacional y acudió á la extranjera.

Y cuando, por la negativa de esta, se decidió á volver la vista dentro de casa, pidió con un miedo....

Pero le ha salido la criada respondona y lo ha enterrado en millones. ¡Qué sorpresa para D. Antonio!

Dice un periódico:

«Hay que preocuparse seriamente de las proporciones que la criminalidad toma en España.»

Preocupados como estamos ahora con las cuestiones cubana y filipina y satisfechos por el resultado del empréstito, no nos parece muy oportuno el momento para preocuparnos más.

Sin embargo, ahí va esa proposición para que el colega la desmenuce:

«Cómo se explica que crezca la criminalidad funcionando tanto el verdugo?»

## CANTARES

I

Cuando una muchacha me dice te quiero lo que siento aquí dentro del alma decirlo no puedo.

II

Allá arriba en el alto, caminito de la sierra, existe un drama de amor que ya nadie lo recuerda.

III

Hasta los pájaros mismos que cantan en la enramada, suelen decir en sus trinos ¡Viva Cuba!... ¡Viva España!

Juan Hulgás y Casanova.

## CRONICA MADRILEÑA

Sumario: La corrida benéfica.—Generosidad y patriotismo.—¡Abajo los sombreros!—¡Vivan las mantillas!—El empréstito y España.—El general Estéban.—Peña y Goñi.

La fiesta taurina organizada por «El Imparcial», ha sido la nota de la semana que por algunas horas ha hecho callar los comentarios de las campañas, del empréstito nacional, de las notas discordantes y bullangueras que por medio de la prensa extranjera han dado los laborantes; en una palabra, durante el jueves y viernes último, la corrida de toros á beneficio de los sol-

dados heridos ha sido la obsesión del pueblo de Madrid.

Los días anteriores habian sido espléndidos, mas que otoñales, propios de esa estación en que la naturaleza se viste con galas de mil colores y en que todo parece despertar á la vida con sonrisas en los labios y goces juveniles en el corazón.

¿Había el cielo en ese día de privarnos de sus luces y alegrías? No, porque se trataba de una fiesta en que la caridad y el amor patrio iban desposados, y negar su concurso equivalía á robar belleza á lo que es grande por sus fines y hermoso por la plasticidad de sus componentes.

Justo era que á la taurina fiesta no negara sus favores y que compitiera en regocijo, en vida, en colores, con el pueblo sediento de sensaciones, ansioso de mitigar penas, de restañar sangre, de enjugar lágrimas.

La diaphanidad del cielo nos traía á la mente la ciudad de la Giranda; el sol, los rayos que hacen brotar las flores que sirven de trono á la primavera, y la animación y la alegría que en el centro de la población reinaban, esos transportes de dislocado júbilo, que la hartura de inmensa felicidad trae, y á que de tarde en tarde acostumbra los pueblos á entregarse.

A la una de la tarde la calle de Alcalá estaba ya intransitable. En los balcones, en las aceras y en los paseos de la anchurosa vía, la gente se apiñaba para ver las interminables filas de carrajes cargados de hermosas con mantilla blanca y de caireles y ricos pañolones de Manila.

En la Mezquita, el cuadro era más completo, más sublime, más arrebatador: los entusiasmos, las alegrías y las pintadas de hermoso color se habian condensado allí, y al color que prestaba la unión, el desbordamiento se impuso. Se daban vivas á España, al Ejército, á los soldados heridos, á los dos veteranos del toro que asistían al espectáculo, y se batían palmas á porfía.

Al ver á tan inmensa muchedumbre movida por un solo pensamiento y entregándose á iguales delirios, las lágrimas afluan á los ojos, y los corazones parecían romper sus cárceles, para patentizar las sensaciones que los embargaban.

Los palcos y gradas estaban llenos de bellezas ricamente ataviadas; pero las miradas solo se repartían entre el palco donde estaban varios defensores de la patria luciendo con orgullo rostros enfermizos y tristes vendajes, al en que asesoraban á la presidencia los que por largo tiempo fueron ídolos del arte nacional, y la arena donde el torero, con generosidad suprema, exponía su vida por aumentar el fondo destinado á los enfermos y heridos de Cuba y Filipinas.

La fiesta resultó brillante y productiva. Todos se esforzaron porque uno y otro cometido se llenara con exceso y se ha conseguido.

Su recuerdo por mucho tiempo quedará grabado en las mentes de los que la presenciaron.

El refuerzo que con ella ha recibido la suscripción de «El Imparcial», se calcula en diez y seis mil duros.

Era lógico que al comenzar la temporada de invierno el asunto de los sombreros de señora en el teatro volviera á estar en la orden del día.

Dicen que se nos ha escuchado, que ven justas nuestras quejas y que el destierro de los odiados estorbos será un hecho dentro de muy poco. Si así ocurre, ¡ya es hora!

Ya es hora, no de que podamos ver

desde la butaca lo que ocurre en el escenario, sino de que nuestras queridas beldades se convenzan de que, particularmente en el teatro, están feisimas con esos sombreros de grandes alas y de adornos desproporcionados que parecen canastillos de flores y cintajos.

El sombrero llena de sombras el rostro, como ha dicho la señora Pardo Bazán, roba galardías al busto y algunos dan un aspecto á la mujer, que la verdad querido lector, en más de una ocasión que tuvimos delante tocados de largas plumas y estradas cintas nos hemos preguntado si estábamos en la India.

Hoy, en el *Dondoir* de la elegante y ep el salóncito donde se reúnen las amigas de confianza, el bello sexo conspira contra lo que por tanto tiempo le ha esclavizado, y á la par, trabaja para devolver el usurpado imperio á una prenda que jamás debió llegar á la postergación en que está.

Se trata de que la mantilla española, ese conjunto de mallas finisimas, de labores de seda, que tanto realiza la hermosura de la mujer, y que tanto nos hace sonar, salga de la caja en que se guarda, para ir al teatro, rindiéndola así un culto á que es muy merecedora, porque ella, y nada más que ella, hace mas hechiceros los rostros y saca á la luz ocultos encantos.

Si vosotras, queridas lectoras, sabéis que la mantilla reúne esas inapreciables cualidades, ¿á qué solo ponerla para ir á los toros y para visitar los Sagrarios el Jueves Santo? ¿á qué tenerla guardada para que su lugar lo ocupe el sombrero que á más de afeos el rostro es prenda prestada?

¡Damas de la sociedad madrileña, corraos los primeros en llevar las mantillas al teatro; vosotras, las de provincias, imitadas y trabajad porque en las calles se os vea con frecuencia envueltas en bellas finisimas y en tanto que viváis con nosotros: ¡Viva la mantilla española! ¡Abajo el sombrero francés!

Es cuestión de honra, de patriotismo y acaso de otras cosas que hoy no vemos, pero que parecen columbrarse, envueltas entre nubes de púrpura y grana, en el horizonte que á muchos parecía negrisimo y amenazador.

Ya no son solo las suscripciones para atender á las dolencias de nuestros soldados lo que mueve y agita al pueblo entero sin distinción de clases; lo es tambien el empréstito de cuatrocientos millones que á la nación urge hacer, operación de crédito en que parece cifrada la honra y la felicidad de la patria.

En las casas de Banca, en la Bolsa, en el Banco de España, la animación es inusitada y de todos esos centros hoy ha desaparecido el mercantilismo de que viven, para dejar libre todo el espacio á la obra grandiosa y memorable que España entera está llevando á cabo con un amor y un entusiasmo que será de eterna memoria.

Con las grandes sociedades mercantiles, con los opulentos capitalistas que viven de sus rentas, van al empréstito el artesano que supo ahorrar, el pequeño comerciante que tiene en su caja un remanente; no á buscar en la operación el producto, sino á contribuir con su modesto ahorro á la regeneración de nuestro crédito, á demostrar á los que pretendían consumir, hasta la última gota de sangre, que así como España tiene soldados que la defiendan, tiene dinero con que mantenerlos y con que darles armas para aplastar á los hijos miserables desagraciados que la ofenden.

Atravesamos un período de esos que la historia escribe con tinta de oro; un período de esos que las generaciones